

Una empanada antropomorfa  
(Versión actualizada de “La empanada de Berenjena”)

Lucrecia Hernandez  
Ambrosio Di Baggio

(Oficina de la dueña de una cadena de comida rápida llamada “Empanadas Hernandez”. La dueña se encuentra en su escritorio ocupada pasando pagos. Entra de golpe un hombre vistiendo un traje de empanadas a la oficina).

Ambrosio —Buenas tardes, señora.

Lucrecia —(Sorprendida) Sí... ¿Qué pasa?

Ambrosio —Soy Ambrosio Di Baggio. Trabajo para usted.

Lucrecia —Sí, me di cuenta por el traje.

Ambrosio —Ah, claro.

Lucrecia —¿Qué hace acá? Hable con mi secretaria por lo que necesite. Yo estoy ocupada.

Ambrosio —Es que necesito hablar con usted. Vengo porque me acaban de decir que estoy despedido, y no puede ser. No puede ser de ninguna manera.

Lucrecia —Ah. Sí, sí. Estamos haciendo algunos recortes de personal. ¿Usted a qué sabor de empanada representaba?

Ambrosio —Yo soy la empanada de berenjena.

Lucrecia —Claro. Ahí está el tema. Es un sabor que vamos a dejar de fabricar. Por eso lo estamos despidiendo.

Ambrosio —Sí, ya me dijo la encargada cuando me dió la indemnización.

Lucrecia —¿Y entonces?

Ambrosio —Es que... No sé. ¿No podría representar a otro sabor? Sé que sería construir otro personaje. Pero lo aceptaría.

Podría a adaptarme a otro sabor. ¿Quizá algo más clásico? Jamón y queso, o carne cortada a cuchillo... no sé... ¿atún? Lucrecia —No. No se puede. Los empleados que personifican a esos sabores ya los tenemos. Pero no se preocupe. Tenemos su contacto. Si hacemos nuevos sabores lo estaremos llamando. Ahora le agradecería que me deje seguir trabajando. Cualquier cosa nos volveremos a comunicar con usted.

Ambrosio —¿Pero tenía que ser justo ahora?

Lucrecia —No lo entiendo.

Ambrosio —Justo estaba encontrándole la vuelta al personaje. Había logrado comprender, no sólo físicamente a mi personaje, si no también psicológicamente.

Lucrecia —¿Psicológicamente?

Ambrosio —No sé si sabe, pero fui contratado por mi experiencia como actor.

Lucrecia —Sí, solemos buscar ese perfil.

Ambrosio —A eso voy. Como actor profesional, tengo la obligación de comprender a mi personaje, de construirlo. Yo quiero que la gente, al agarrar uno de los volantes que les doy en la calle, para promocionar su cadena de comidas, no digan: “Mirá un tipo disfrazado de empanadas”.

Lucrecia —¿Y qué quiere que digan?

Ambrosio —Quiero que digan “Me acaba de dar el volante una empanada antropomorfa”

Lucrecia —¿Antropoqué?

Ambrosio —Antropomorfa. Una empanada con forma de hombre. Algo que no existe, pero si existiera, sería exactamente como mi personaje. Yo quiero pensar como una empanada, moverme como una empanada. ¿Entiende? No me puede echar justo ahora que estaba por lograrlo. Ya casi lo tenía.

Lucrecia —Nadie le pidió que haga todo ese trabajo. Sólo le pedimos que se ponga el traje y reparta volantes. Nada más.

Ambrosio —No es algo que me tenga que pedir usted. Un actor sabe lo que tiene que hacer. Y ustedes se aprovechan. Ustedes se aprovechan de la peor forma. Como siempre.

Lucrecia —¿Nos aprovechamos?

Ambrosio —Sí, se aprovechan. Porque saben que en este país a la gente le chupa un huevo el arte. Puede vivir tranquilamente sin el arte, sin sentir. Automatizados con sus celulares. Y claro, los que amamos ser actores, construir personajes, no tenemos trabajo. Y para sobrevivir tenemos que conformarnos con estos trabajos de mierda que nos dan ustedes, los empresarios ignorantes.

Lucrecia —¿Y yo que tengo que ver con que a la gente no le interese el arte?

Ambrosio —¿Usted suele ir a ver teatro?

Lucrecia —No, no es lo mío.

Ambrosio —¿Escucha música?

Lucrecia —Poco.

Ambrosio —¿Y qué es lo suyo? ¿Hacer plata a costa del hambre de la gente? ¿Fabricar empanadas en serie y venderlas más barato que el de enfrente, para así llevarse toda la plata a casa con usted? Claro, a la señora no le alcanza con tener un sólo comercio... No, ella necesita tener “Una cadena de comercios”. Una franquicia. Empanadas Hernández en cada esquina. Trague repulgas hasta explotar.

Lucrecia —Estoy en mi derecho.

Ambrosio —La verga, está en su derecho, hija de puta. La reputísima verga. A mí no pueden tratarme así. No puede deshacerse de mí de esta manera. No pueden dejar de fabricar el gusto que me representa, así como así. Debieron consultarme antes. ¿No le parece?

Lucrecia —Usted está completamente loco. Retiresé de una vez porque lo voy a hacer echar con justa causa y se va a quedar sin la indemnización.

Ambrosio —No me interesa su indemnización de mierda. Uselá para limpiarse el culo después de cagarnos a todos, hija de puta. ¿Se piensa que me voy a dejar pasar por encima? Yo no voy a dejarme pasar por encima porque es dueña de una cadena de comidas. Usted no tiene poder sobre mí, ni sobre mi arte.

Lucrecia — (Ya enojada): Devuelva el disfraz de la empresa y váyase de una vez. ¿O quiero que lo haga sacar a patadas?

Ambrosio —¿Disfraz? (Ríe). ¿Qué disfraz, imbécil? Esta es la piel de mi personaje. De ningún modo se la daré. Sería matar a mi creación. ¿Usted quiere matar a mi creación, acaso?

Lucrecia —¿Qué le pasa? ¿Se volvió loco?

Ambrosio —Al fin. (La siente). Mi empanada está viva. ¡Está viva! Gracias, señora. Usted me dió lo que me faltaba: un propósito. ¿Cómo no lo había visto? Gracias, gracias señora.

Lucrecia —¡Auxilio! ¡Ayudenme!

Ambrosio —No grite, su secretaría... no está. Me dijo que salía a comer... empanadas.

Lucrecia —Auxilio.

Ambrosio —Que no grite, carajo. (Sonido de revolver). ¿Ve lo que tengo acá?

Lucrecia —Sí, sí, lo veo.

Ambrosio —¿Qué es?

Lucrecia —Un revolver.

Ambrosio —¿Se va a callar?

Lucrecia —¿Qué hace con un revolver?

Ambrosio —Está dura la calle, señora. No lo sabía.

Lucrecia —Entiendo.

Ambrosio —¿Se va a callar?

Lucrecia —Sí, sí, me callo. Está bien, Tranquilícese. Veamos qué podemos hacer.

Ambrosio —Mire cómo la señora cambió de actitud. Póngase de rodillas.

Lucrecia —¿De rodillas?

Ambrosio — De rodillas, hija de puta.

Lucrecia —Sí, sí.

Ambrosio —Así me gusta. ¿De qué le sirve su cadena de comercios ahora?

Lucrecia —Entiendo su punto de vista. Perdonemé, Di Baggio.

Ambrosio —No, no y no. Yo ya no soy Di Baggio. Ese tren ya pasó. Y usted lo perdió. Ya no soy Di Baggio, señora.

Lucrecia —¿Cómo qué no?

Ambrosio —Di Baggio se fue. Ahora sólo quedó la “Empanada de Berenjena”. Voy a ser el héroe que este país necesita. Basta de mercaderes que se llenan el bolsillo a costa del hambre de mi pueblo; basta de empresarios para los cuales sólo somos un número que se puede escupir, que se puede pisar; basta de arrastrarnos por dos mangos para que ustedes naden en sus millones; basta de injusticias, señora. Me harté.

Lucrecia —¿Puede dejar de apuntarme con ese revolver, por favor?

Ambrosio —Sí, claro que puedo. (Le dispara y muere). Claro que puedo. Ya está. (Ríe). Al fin, lo logré, construí mi personaje en su totalidad. Al fin tengo un propósito. Gracias señora. Me cobro con su vida la indemnización. Es mucho menos de lo merezco, pero lo acepto. Al fin ya sé quién soy. Soy la empanada de berenjena. (Ríe, sube música).